

Susana Chillida

Una vida para el arte

Eduardo Chillida y Pilar Belzunce, mis padres



Galaxia Gutenberg

SUSANA CHILLIDA

Una vida para el arte

Eduardo Chillida y Pilar Belzunce,
mis padres

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).



Lectura infinita
#pactoporlalectura



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2024

© Susana Chillida, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 9933-2024
ISBN: 978-84-10107-40-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Eduardo Iglesias, mi más firme y cálido
apoyo en todos mis empeños.*

*Y a Pilar Belzunce, mujer liberal,
valiente y generosa, in memoriam.*

*Le premier souffle vient du
plus lointain passé; le dernier
souffle lui doit encore sa tiédeur.*

El primer aliento viene
del pasado más lejano; el último
aliento le debe aún su tibieza.

EDMOND JABÈS

Índice

Nota inicial de la autora	17
I. Historias de una hija	21
El chatarrero y la escultura	22
La niña que corría por no decir su nombre	24
Prismáticos para ver mejor lo que ya has visto.	27
«Si tú me sigues...»	28
II. ¿De dónde vendrán las olas?	33
Historia familiar de Eduardo Chillida	33
Historia familiar de Pilar Belzunce	41
La historia de amor de mis padres	45
Inicio de un tándem.	51
«¡Cómo vas a estar acabado si todavía no has empezado!»	52
La luz negra del Cantábrico.	54
Justicia histórica	55
Madrid, 1944-1948: Pili, su confidente	57
París, 1948-1950: salir de la oscuridad	59
Vuelta definitiva al País Vasco: tensiones internas	64
III. Década de los cincuenta. Al abrigo de la Galerie Maeght de París	69
El cosmos del hierro, la obra única	69
«Yo pongo el valor, el precio lo ponen otros»	71

El herrero de Hernani	72
Mis hermanas las esculturas	72
Una niña albina	74
Villa Paz, la casa de nuestra niñez	76
El estudio de Villa Paz	78
Las chimeneas de Chillida	80
Pili «arquitecta-constructora»	81
La sensación de abandono	83
Peculiaridades con el dinero	84
«¡Niños, al cuarto de jugar!»	86
Chillida y Cioran	87
Conocerlos a través de sus historias	88
Ocasiones especiales	89
Abrirse al mundo	90
El blanco y el negro: obra gráfica	91
IV. Década de los sesenta. Al encuentro de la materia	95
<i>Abesti gogorra</i> (canto rudo): la madera	96
Chillida y Braque: « <i>Lequel des deux est le vôtre?</i> »	98
Chillida y Grecia: los alabastros	100
La noche en que me abrí al arte	102
Otro tándem hombre-mujer	104
La Fundación Aimé y Marguerite Maeght, Saint-Paul-de-Vence	105
Pili, mujer entre hombres	108
Sola en Estados Unidos: el granito	110
Aforismos	115
El arte y el espacio: Heidegger y Chillida	116
Exponerse es arriesgar	118
Seguir el vuelo de los grandes	120
Chillida y el deporte	123
V. Década de los setenta. Retos y dificultades	129
Harvard, 1971	129
Chillida y Jorge Guillén	130

Unos a Boston, otros en Cambridge	132
El Molino de los Vados	136
<i>Calamity Jane</i>	140
Un <i>collage</i> para Calder: el papel	145
<i>Lurras</i> : la tierra chamota	147
<i>Le cimètiere Chillida</i> : escenas y grabaciones	150
La Iglesia de Santa María	151
¿Eduardo va a firmar?	153
El beso de Aimé.	155
Madrid: <i>La sirena varada</i>	157
¡Un reconocimiento en su tierra!	159
<i>Peine del viento</i> , Donostia-San Sebastián:	
una aventura épica	161
Figura pública y privada	165
Pedro Txillida Belzunce, mi hermano mayor	166
Buscar un punto en común: <i>homenajes</i>	168
Andanzas de Pili como mecenas.	173
Repensar a Pili como mujer de acción	175
Preservar la historia: el hotel Niza de la bisabuela	178
VI. Década de los ochenta. Punto de inflexión	181
Muerte de Aimé Maeght	181
Hans Spinner y la alegría de la vida: Mas-de-la-Tourlac.	182
Intzenea	185
Un bebé de veinte años	186
La primera escultura de mi hermano	
Eduardo Chillida-Belzunce.	188
Los cuidados de Júliet	190
De madre coraje a la humildad de delegar	191
Meter el espacio dentro de la materia	192
«Pili, no te vas a creer lo que he hecho»: <i>gravitaciones</i>	193
La libertad de ver y sentir	196
Asideros frente al desánimo: Ignacio y Pedro	199
«En una línea el mundo se une, con una línea el mundo se divide»	200

La luz blanca de Menorca: Quatre Vents	204
Entre artistas presocráticos	208
VII. Década de los noventa. Nacer por segunda vez	211
«Lo que es de uno es casi de nadie»	212
Obras públicas: por los derechos humanos y la fraternidad.	214
<i>Homenaje a Hokusai</i> , Japón	215
«Hay que dejarlas ser distintas»: acero cortén	217
El cine, una ilusión	220
Un traje a medida para el hormigón.	223
El lugar idóneo	225
Está lleno de vacío: <i>Elogio del horizonte</i> , Gijón.	226
<i>Gure aitaren etxea</i> , Gernika	228
<i>Homenaje a la tolerancia</i> , Sevilla.	230
Imaginación y percepción	232
Atreverse a soñar con un espacio dentro de una montaña: Tindaya.	234
El sueño truncado de Pili	237
El sueño de Zabalaga: inicio de Chillida Leku	239
El número tres.	244
Dificultades en la pareja	245
Lo nunca imaginado	246
Los viajes familiares	247
Los pilares invisibles de Pilar Belzunce.	253
Inauguración de Chillida Leku	254
Una pequeña muerte	257
El legado de Chillida	258
VIII. Década de 2000. Hacia la ausencia	259
Despedida de Pili.	259
Las pertenencias y fotos de Pili	261
«No hay palabras para esta pena»: las <i>maternidades</i>	263
La «normalidad», el lenguaje y el arte	266
Cosas del alma	267

Milagro de belleza	268
Imágenes dolorosas	269
La batalla contra Newton: <i>Lugar de encuentros III</i>	272
Premio Rosa d'Oro: concesiones a Pili	275
Una profundidad extraña	277
Dejad que los niños se acerquen a mí.	279
«Resurrección» y muerte.	280
Aferrarse a la obra.	282
Lo que uno es y lo que podría haber sido:	
historia del piano	284
Mujer entre mujeres	286
El pacto «Si tú me sigues» revisitado	289
Evitar el dolor ajeno	291
Completar el sueño de Pili	293
Pili, la pintura y la música	295
Pili y Eduardo en Picos de Europa	297
Pasado y presente de un lugar	298
Moderno como las olas, antiguo como la mar	300
La casa que es muchas casas	301
Último día en el Molino de los Vados	303
Agradecimientos	307
Bibliografía y filmografía.	309
Créditos de las imágenes	311

Nota inicial de la autora

Al ser este un libro tan personal, quizás podría decir que empezó a «escribirse» con el nacimiento de mi mirada al mundo. Un mundo que estuvo desde el inicio poblado de esos objetos de hierro con que se vestía mi casa. Una casa, un padre, una madre, unos hermanos, y siendo la quinta entre ocho, mi mirada constante midiéndolo todo con ganas de entender mi lugar.

El lugar de aquellos objetos también me interesaba. Era algo misterioso. Muchos de los adultos a quienes accedía de niña parecían apreciarlos en demasía, otros se reían sin más de ellos y, por ende, de mí. Más tarde empezaron las preguntas: «¿Esto qué es? ¿Qué significa? ¿Qué quiere decir?». Eso que la gente asumía que debía ser capaz de contestar me paralizaba. Tardé tiempo en entender que sus preguntas no eran válidas. Sólo sabía que el arte que yo conocía era fruto del trabajo de un hombre que dedicaba su vida, con total seriedad, a hacer «aquello». Un hombre a quien yo quería como cariñoso padre. Para José Ángel Valente el término «abstracto» es totalmente desfigurador y estoy de acuerdo. ¿Acaso hay algo más concreto que una escultura que uno puede tocar y rodear? Lejos de ser una abstracción es un ente concreto, presente y silente, con el que el espectador se puede relacionar.

Al igual que todos mis demás trabajos sobre mi padre, ya sean escritos o audiovisuales, el presente libro ha pasado por múltiples etapas y diversas motivaciones. En el proceso, si no todos, muchos de mis «demonios» con respecto a aspectos del mundo y de los artistas se fueron desvaneciendo mientras los visitaba. Temas que

para mí habían sido grandes y necesarios de afrontar terminaron por perder importancia una vez escritos. Agua pasada que nadie encontrará en este texto. El libro va pasando por uno mismo mientras lo escribe. Todo destila «algo» nuevo de lo que poco a poco se nutre el escritor. El libro es lo que queda después de un viaje largo. «Al alba conocí la obra. Puede ser de mil maneras, pero sólo de una. Su lugar, entre la percepción y la libertad. Su motivo, necesidad. Su fin, acuerdo», dejó escrito mi padre. En mi caso, ese «alba» del que él hablaba llega siempre después de años trabajando guiada por intuiciones y dudas que se hacen fértiles cuando se incide en ellas.

Todo empezó en 2009 cuando aún el DVD estaba en pleno uso. ¿Quién podía prever que pronto iba a morir un sistema tan válido? Deseé añadir valor comercial a mis dos documentales escribiendo «Los lugares de Chillida», que se presentaría junto a los dos DVD en un estuche bien diseñado. ¿Qué valor biográfico tenían los espacios en los que había mostrado a mi padre en mis películas, de los que poco a nada se llega a saber en ellas? Su casa de San Sebastián, su antiguo estudio convertido más tarde en mi casa, en donde grabé mi primera entrevista con él, su taller junto a la casa, la fragua industrial, el río en que le vemos paseando en la noche... Para el autor, escribir es tan distinto a filmar como distinto es para el receptor ver imágenes a leer palabras que luego puede citar. Cada medio ofrece sus propias posibilidades, ventajas y desventajas. Escribí con ilusión para añadir contenido a todos los temas tratados visualmente, pero, una vez comprobado que el sistema DVD había llegado a su fin, todo quedó en pausa.

En 2015, a la muerte de mi madre, retomé la escritura para sobrellevar su pérdida. Aún podía verla en todo cuanto me rodeaba. Pero quería más, necesitaba más. En ese momento fue cuando rebusqué entre sus pertenencias y me hice con un montón de fotos de su vida en común con mi padre. Sentía que el libro la había estado esperando a ella. Y las fotos, la mayoría muy sencillas, me acompañaron y guiaron mientras escribía. Para mí, que pude haberme dedicado a la fotografía, las imágenes hablan de detalles casi imperceptibles pero profundos e importantes si se saben «leer». Acabado

el duelo, sin embargo, se extinguió mi motivación hasta que un par de años más tarde, en 2017, mis hijos, que habían leído ambos textos, mostraron su deseo de conocer mejor a ese abuelo –hombre de honduras, sutilezas y enseñanzas impremeditadas, humanista, creador de espacios, arquitecto del vacío, ingeniero de sueños...– que se había ido demasiado pronto para ellos. Por mis hijos decidí continuar centrándome en su pensamiento y su obra. Más fotos empezaron a hacerme imprescindibles. Imaginaba al lector aprendiendo conmigo sobre Chillida, de un modo similar al que yo misma había aprendido. Avancé mucho, pero otras labores profesionales me impidieron terminar. Y así fue como llegué a diciembre de 2022. Tenía una amalgama grande de temas diversos en torno al arte, a mi padre y a mi madre, que habían sido escritos a golpes de razón, intuición y emoción. Los evalué y me parecieron válidos. Ese fue el momento en que me dispuse a hacer una biografía conjunta de Eduardo Chillida y Pilar Belzunce. Para mí era una cuestión de justicia histórica incluirla a ella junto a él. Mi motivación, en este caso, fue llevar el proyecto hasta su final.

Dar orden a los temas, sin embargo, no fue tarea fácil. Primero de todo, añadí títulos que me ayudaran a ordenarme yo misma entre tanta letra escrita. Después, decidí dividir los temas por décadas atendiendo a la cronología de las obras de Chillida y a la cronología de los lugares que fueron habitando en el tiempo. El lector comprobará que en ese intento hay muchos saltos temporales, pensamientos y datos que responden al fluir de mis propias asociaciones y sentimientos mientras escribía.

Y, hablando del proceso, no puedo dejar de hacer mención a un último esfuerzo al que me obligué estando el libro prácticamente acabado. Había escrito tan profusamente de «mi» padre y de «mi» madre que de pronto tuve necesidad de compartir lo escrito al menos con una hermana y un hermano para ver hasta qué punto reconocían en mi visión a «nuestros» padres. Su reacción fue positiva. Sobre cada uno de los hijos había ya escrito en distintas historias ya que nuestro padre era un hombre eminentemente familiar. Estaba segura de que todos habrían sentido cosas

parecidas a las mías. Pero ¿habría recuerdos, matices y sentimientos que, por ser los suyos, sólo ellos podrían aportar? Indudablemente. Por eso, además, pedí a mis siete hermanos que compartieran algunas de sus vivencias y finalmente repartí sus testimonios por el texto.

Como no se trata de un trabajo académico, las citas textuales de palabras de Chillida vienen marcadas por un simple entrecomillado sin referencia exacta a su origen. Las que se refieren a la correspondencia íntima entre mi padre y mi madre se encuentran en los archivos personales de la familia. Todas las demás pertenecen a libros, catálogos y películas que el lector encontrará en la bibliografía y filmografía que se incluye al final.

He hecho todo lo que he podido por dar una visión amplia de un artista universal. En el fondo sigo pensando que el arte, y no sólo el «abstracto», es un gran desconocido. Y si algo quiero con este libro, es lograr que al menos quien lo lea –ya sea porque le gustan las biografías y desea conocer la vida de los protagonistas, su personalidad y su carácter, ya sea porque es amante de la obra de Chillida y quiere ahondar en ella o le interesa el papel que jugaba su mujer en la vida del artista, temas que sin duda son tratados– quede con la idea clara de que el arte es «verdad». Como escritora, con menos no me podría conformar.

Para mí es una historia de amor, una historia de amor al arte y una historia de familia.

Y sin más, les dejo con mi trabajo, deseando que lo disfruten.

Madrid, 21 de marzo de 2024

I

Historias de una hija

Un pájaro se engalana tranquilo sobre una rama baja. Lo miro en su trajín. Bajo la vista hacia el cigarro que humea en mis manos y, al levantarla, percibo un silencio de movimiento, una ausencia frente a mí. Se ha ido. Voló. Qué efímero todo y a la vez qué permanente. ¿Tendrá algo que ver la ausencia de ese pájaro –el vacío que deja entre las ramas de mi conciencia– con el vacío que siento en mí tras la muerte de mi madre, o con el vacío que encierra en sí la obra de mi padre?



Susana Chillida, Eduardo Chillida y Pilar Belzunce en el estudio de Chillida, San Sebastián, 1992.

Una vez recuerdo haberle comentado:

–¡Mira, qué maravilla!

Era un simple cambio de postura en los dedos de mi recién nacido dormido.

–¡Lo es! –contestó él–. Para ti, que lo sabes ver...

Siempre hubo entre nosotros algo con el ver y el no ver, con el mirar... Y también hubo siempre entre nosotros, cómo no, esculturas.

EL CHATARRERO Y LA ESCULTURA

Una historia me viene a la cabeza que sólo he contado alguna vez como quien cuenta un cuento. Es algo que muchos periódicos nacionales y extranjeros recogieron en su día: el robo de una serie de obras de arte que volvían de Alemania en el año 2010. Una de esas obras era una escultura de Chillida. Su propietaria, la galerista Nieves Fernández, era muy reacia a prestarla para exposiciones, pero esa vez había accedido a hacerlo y dudo que le queden ganas de repetir. Junto a la escultura de mi padre viajaban en un camión pinturas de Picasso, Tàpies, Botero y otros artistas. Una vez de vuelta en Madrid, los transportistas aparcaron el vehículo en la cochera de la empresa con las llaves puestas, y alguien aprovechó la ocasión para sustraer el vehículo.

Es muy probable que la policía tenga muchos más datos de los que conocemos; es probable también que los distintos periódicos dieran la noticia del robo, y su posterior solución, aportando únicamente la información que, para sus fines sensacionalistas unas veces, políticos otras, mejor les convinieran. Personalmente, he aprendido a tener cautela a la hora de evaluar lo que cuentan los medios. Pero volvamos a la historia del robo. Hoy soy yo quien la cuenta y la deriva que implícitamente conlleve tendrá por tanto mi nombre.

Quiso el azar que la obra de mi padre fuera inmediatamente vendida a un chatarrero. Posiblemente por la dificultad de

maniobra que suponía moverla por comparación con los lienzos enrollados; los ladrones necesitaban quitarse ese peso de encima. ¿A cuánto estaba entonces el kilo de hierro? Pues a ese precio le vendieron los 150 kilos que sumaba la escultura. Fue lo primero que se supo tras el robo, y la prensa de inmediato se hizo eco.

Podría detenerme en los sentimientos que despertaron en mí las risas que la venta de un Chillida a un chatarrero suscitaron en tanta gente. Pero prefiero darle el protagonismo a la propia escultura y meterme con ella en la chatarrería para preguntarme lo que ocurrió entre ella y el chatarrero una vez que los ladrones se fueron y ambos quedaron mano a mano, solos, entre tantos otros hierros.

Puedo imaginarme al hombre mirando la obra de mi padre y, lo que es más curioso, a la obra de mi padre mirándole a él. Conjeturo que el chatarrero la observó durante largo tiempo. Aunque sólo fuera porque estaba acostumbrado a tratar con hierros, le sorprendería comprobar la habilidad del trabajo de forja y se fijaría en el modo tan armonioso con que se expandía y contraía la materia. Entretanto, las extrañas formas de mi padre seguirían mirándole en una especie de diálogo sordo. Hasta que en algún momento la escultura debió de empezar a hablar. Me la imagino diciendo: «No soy sólo un hierro». Intuyo extrañeza y quizás hasta miedo en el hombre; me lo veo aturdido y sin poder dejar de mirar aquel objeto recién adquirido que, poco a poco, se le iba revelando como algo cuasi humano. Y es que, aunque no todo el mundo lo sepa, el arte es verdad, y esa obra no sólo era «un Chillida», sino que de algún modo era casi Chillida mismo. Pero todo esto tardé yo misma mucho en verlo. Al día siguiente, el chatarrero fue a la policía y denunció los hechos, a partir de los cuales, tirando del hilo, descubrieron a los perpetradores y recuperaron el resto del alijo.

Lo que acabo de relatar es una simple historia que posiblemente no es más exacta ni menos que todas las que voy a contar en este libro. De hecho, he sabido posteriormente que la escultura no era del tipo de las que yo imaginé y conozco bien. Relatar es ponerse en primera persona, impregnar los hechos, dejar que reverberen emociones que necesitan ser transformadas.